

1933

LA IDEA

LA BASE METEOROLÓGICA AVANZADA BOLLING, donde estuve solo durante las noches del invierno antártico de 1934, estaba situada en la oscura inmensidad de la barrera de hielo de Ross, en una línea entre Little America y el Polo Sur. Era la primera estación interior ocupada en el continente más meridional del planeta. Mi decisión de pasar allí el invierno era más difícil, quizá, de lo que pensaban algunos hombres en Little America. El plan original era ocupar la base con varios hombres pero, como veremos, resultaría algo imposible. Por lo tanto, tenía que elegir entre abandonar completamente la base —y con ello la investigación científica—, o ir yo mismo. No podía darme por vencido.

Esto es algo que debe entenderse desde el principio; que por encima de todo y más allá del innegable valor de la investigación meteorológica y auroral en el interior deshabitado de la Antártida hasta la fecha —así como mi interés en esta investigación—, realmente quería ir por la propia experiencia. Así que, en cierto modo, el motivo era personal. Además del estudio meteorológico y auroral, no tenía ningún otro propósito importante. No había nada de eso. Nada más, excepto el deseo de un hombre por vivir esa experiencia al máximo, estar solo

durante un tiempo y saborear la paz, la tranquilidad y la soledad lo suficiente para descubrir lo buenos que son en realidad.

Era así de simple. Y es algo que, creo, la gente asediada por la complejidad de la vida moderna comprenderá de forma instintiva. Estamos atrapados por los vientos que soplan en todas direcciones. Y en ese ajetreo, el hombre inteligente se ve impulsado a considerar hacia dónde es arrastrado y anhelar desesperadamente un lugar tranquilo donde poder razonar y recapacitar sin que le molesten. Puede que esté exagerando la necesidad de buscar un refugio esporádico, pero no lo creo, al menos en lo que a mí respecta, puesto que siempre me ha llevado más tiempo que a una persona normal reflexionar sobre el fondo de las cosas. Con esto no quiero decir que antes de ir a la Base Avanzada mi vida no hubiera sido increíblemente feliz; en realidad, había sido más feliz de lo que yo mismo tenía derecho a esperar. Aún así, me invadía un enorme desconcierto. Durante catorce años, más o menos, diversas expediciones, unas tras otras, habían ocupado mi tiempo y mis pensamientos hasta llegar a excluir todo lo demás. En 1919, fue el vuelo transatlántico de la Marina estadounidense; en 1925, el de Groenlandia; en 1926, el del Polo Norte; en 1927, el del océano Atlántico; de 1928 a 1930, el del Polo Sur, y de 1933 a 1935, otra vez la Antártida. Sin descanso entre ellos. Estaba ocupado organizando una nueva expedición y, al mismo tiempo, asistía a conferencias de una punta a otra del país para ganar un sueldo y pagar las deudas de la expedición anterior, o corriendo sin parar para conseguir dinero y suministros para la nueva.

Se puede pensar que un hombre cuya vida le lleva a lugares remotos no tendría una necesidad especial de quietud. Aquel que crea que eso es así sabe poco de expediciones. La mayoría de las veces se mueven entre la abundancia y el alboroto terribles, y siempre bajo el azote del tiempo. Tampoco serán nunca distintas, al menos mientras los exploradores no sean hombres ricos y la propia exploración resuelva las incertidum-

bres. No hay duda alguna de que el mundo cree que está bien llegar a un polo, o a los dos, de hecho. Miles de hombres han dedicado la mayor parte de sus vidas a alcanzar un polo o el otro, y muchos han muerto al intertarlo. Pero entre los que han conseguido llegar a la latitud 90°, ya sea norte o sur, dudo que alguno pensara que la vista del polo fuera en sí mismo algo especialmente estimulante, pues no hay mucho que ver: en un extremo del planeta, un punto matemático en el centro de un océano inmenso y vacío; y en el otro extremo, un lugar imaginario también en mitad de una meseta inmensa y a merced del viento. No es llegar al polo lo que cuenta, importa el conocimiento científico que adquieres en el viaje. Además del hecho de llegar y regresar sin perder la vida.

Ahora bien, yo había estado en los dos polos. Y en teoría había sido un logro gratificante, principalmente porque llegar a los polos era la forma de adquirir apoyo público para un programa científico a gran escala, lo que constituía mi auténtico interés. Los álbumes con recortes de periódicos que guardaba mi familia engordaron, y la mayoría decían cosas buenas. Eran una de las pruebas visibles del éxito, al menos en mi profesión, además de los beneficios económicos; aunque me gustaría señalar que los más sabios de nosotros, al igual que los contables prudentes, rara vez cuentan esto último en billetes de más de un dólar.

Pero para mí, la sensación de verdadero éxito fue escasa. Más bien, después de hacer balance, fui consciente de cierta falta de sentido. Este sentimiento se centraba en pequeñas, pero cada vez mayores omisiones, como era el caso de los libros. No había final en la lista de libros que siempre me prometía leer aunque, en cuanto a leerlos, nunca parecía tener tiempo ni paciencia suficientes. Con la música sucedía lo mismo: el amor por ella y, supongo, la necesidad indefinible estaban ahí, pero no el deseo o la oportunidad de interrumpir más que por un momento la rutina que la mayoría de nosotros llega a querer como existencia.

En realidad, se trataba de otros asuntos: nuevas ideas, nuevos conceptos y nuevos desarrollos de los que sabía poco o nada. Parecía una forma de vida limitada. Alguien podría preguntar: «¿Por qué no intentar incluir esas cosas en la vida diaria? ¿Tienes que ir a enterrarte en medio del frío polar y la oscuridad para estar solo?». Después de todo, un extraño que camine por la Quinta Avenida puede estar tan solo como un viajero cruzando el desierto. Eso lo acepto, pero opino que nadie puede estar completamente libre de costumbres familiares y emergencias. Por lo menos nadie en mi lugar, que debe acudir al público para conseguir apoyo y rendir cuentas de su administración. Sí es una verdad innegable que nuestra civilización ha desarrollado un régimen maravilloso para proteger la intimidad de las personas, pero aquellos de entre nosotros que deben vivir bajo la luz de los focos están fuera de su protección.

Yo quería algo más que aislamiento en un sentido geográfico, quería hundir raíces en una filosofía enriquecedora. Y se me ocurrió, según evolucionaba la situación alrededor de la Base Avanzada, que aquella era la oportunidad. Allí, en la barrera del Polo Sur, con frío y oscuridad completos como en el Pleistoceno, tendría tiempo para ponerme al día, para estudiar, pensar y escuchar el fonógrafo; y, durante unos siete meses, alejarme de todo salvo de las distracciones más sencillas. Podría vivir exactamente como quisiera, sin obedecer a más necesidades que aquellas impuestas por el viento, la noche y el frío, y sin cumplir más leyes que las propias.

Así es como lo veía. Puede que hubiera algo más que eso. Con el tiempo ya no estoy seguro pero, quizá, en mi mente tenía el deseo de experimentar una vida más severa que la que conocía. Había pasado gran parte de mi vida adulta en la aviación. Quien vuela llega a su destino sentado. Cuando surge el problema entre la nave y el medio, este llega directamente y se reduce por la ventaja mecánica de los mandos. Cuando llega el momento de la decisión final, todo el asunto se resuelve de una forma u otra

en cuestión de horas, incluso minutos o segundos. Allí donde yo me dirigía estaría física y espiritualmente solo. En el lugar donde estaba situada la Base Avanzada, las condiciones no eran muy distintas a las que había cuando los primeros humanos salieron a tientas del crepúsculo de la última glaciación.

Esos riesgos estaban incluidos, todos lo sabíamos, pero ninguno, al menos en lo que podíamos prever, que fuera tan grande. En caso contrario, como jefe de una gran expedición polar y sujeto de todas las responsabilidades implícitas en el mando, no habría ido. Lo calculé mal y está demostrado por el hecho de que casi pierdo la vida. Aun así, no lamento haber ido, pues leí libros, aunque no tantos como había planeado leer; escuché las grabaciones del fonógrafo, aunque parecían aumentar mi sufrimiento; y reflexioné, a pesar de no tener siempre la alegría que había esperado. Todo eso estuvo bien y me pertenece. Lo que no había contado era con descubrir lo cerca que un hombre puede estar de la muerte y no morir, o querer morir. También eso era mío, y lo fue para bien. Esa experiencia me aportó dimensiones y amistades como ninguna otra cosa habría hecho y, resulta sorprendente, cuando se acerca el entendimiento final, lo poco que en realidad debe saber uno o sobre lo que estar seguro.

*

Ahora bien, he comenzado de esta forma porque se ha creado un malentendido en algunos ámbitos respecto a mis motivos para ocupar la Base Avanzada en solitario. De hecho, algunas personas pusieron en cuestión mi derecho a hacer lo que hice. Lo que piense la gente de ti no te debe importar mucho siempre y cuando sepas cuál es la verdad. Sin embargo, he descubierto, pues conozco a otros que se mueven entre titulares de periódicos, que en ocasiones importa bastante. Una vez que te introduces en el mundo de los titulares, aprendes que no hay una sola verdad, sino dos: aquella que conoces por los hechos y la que la gente, o una parte de la gente con mucha imaginación, adquire